

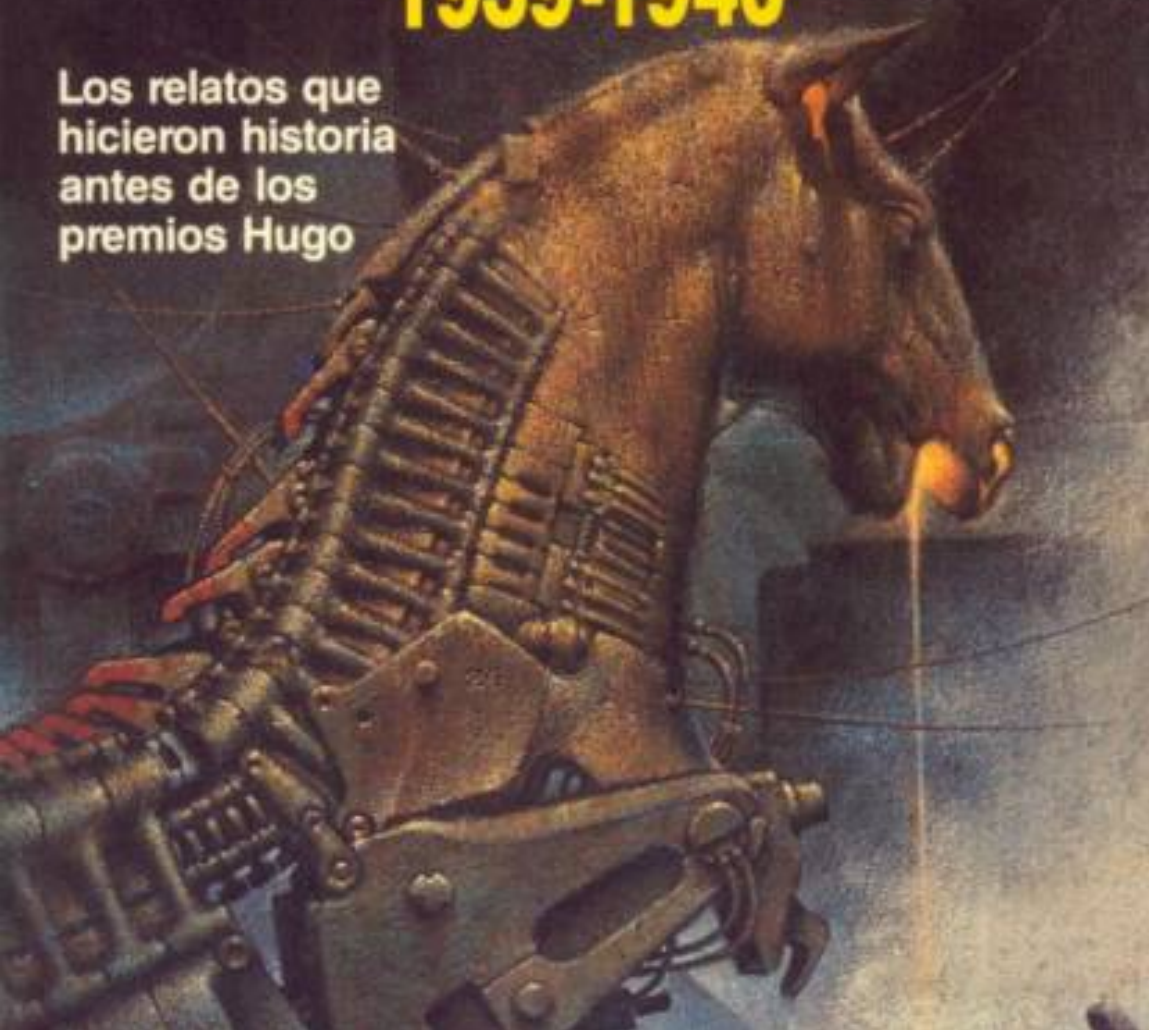
GRAN SUPER & FICCIÓN

ISAAC ASIMOV

Las grandes historias de la ciencia ficción

LA EDAD DE ORO 1939-1940

Los relatos que
hicieron historia
antes de los
premios Hugo



Los mejores relatos del periodo histórico más importante de la ciencia ficción, cuando los grandes maestros configuraron los temas clásicos del género.

Primer volumen de una esmeradísima selección en la que Asimov presenta cronológicamente los relatos que marcaron la evolución del género. Catorce relatos publicados originalmente durante los años 1939 y 1940 de los mejores escritores del momento.

Lester del Rey, Sprague de Camp, A. E. van Vogt, Henry Kuttner, Theodore Sturgeon, Nelson Bond, Jack Williamson, Robert A. Heinlein, Fritz Leiber, Robert Arthur, Oscar J. Friend..., son los autores de un conjunto de relatos inolvidables.

Isaac Asimov, con la colaboración de *Martin H. Greenberg*, ha emprendido uno de los más ambiciosos proyectos que se hayan llevado a la práctica en el terreno de las antologías: la reconstrucción de la historia de la ciencia ficción a través de sus mejores relatos presentados en orden cronológico.

Año por año, *Asimov* y *Greenberg* presentan al lector los relatos más influyentes de los mejores autores del momento. La distancia histórica contribuye a dar un carácter definitivo a la selección, superando con creces cualquier proyecto anterior de características similares debido particularmente a la información vertida en cada presentación sobre los autores y su obra.

Y como punto de partida, el acontecimiento más importante ocurrido en el seno del género cuando éste era conocido por pocos y su historial se forjaba en las revistas especializadas: el principio de la carrera de *John W. Campbell* como editor de *Astounding Science Fiction*, momento en que se inicia la *Edad de Oro de la Ciencia Ficción*.

Los relatos en este volumen son los siguientes:

El día ha muerto, por *Lester del Rey*. Una visión poética del destino del hombre de Neanderthal en un mundo

dominado por los hombres de Cro-
mañón.

El hombre deforme, por *Sprague de Camp*. De nuevo el tema del hombre de Neanderthal, en este caso con un representante de la especie que ha sido testigo de la historia de la humanidad.

Destructor negro, por *A. E. van Vogt*. Un gran clásico en el que se narra la historia de un alienígena destructivo e implacable, y en el que se inspiró el film *Alien*.

El halo equivocado, por *Henry Kuttner*. Los problemas que puede acarrear el que un ángel se equivoque de destinatario al entregar un halo de santidad.

Respirador de éter, por *Theodore Sturgeon*. El primer relato publicado del maestro del cuento corto: las emisiones en color para la televisión son misteriosamente interferidas con resultados ciertamente cómicos.

Peregrinación, por *Nelson Bond*. Uno de los primeros relatos del género con personaje femenino; el nacimiento de un romance en un mundo de «después» de la catástrofe.

Oh, estrella brillante, por *Jack Williamson*. El hombre que podía hacer milagros...

Inadaptado, por *Robert A. Heinlein*. Un genio intuitivo de las matemáticas en la construcción de una colonia espacial.

La pistola automática, por *Fritz Leiber*. La extraña fascinación que una pistola ejerce sobre su poseedor.

Franqueo pagado al paraíso, por *Robert Arthur*. Un descabellado servicio de correos...

It (Ello), por *Theodore Sturgeon*. Horror psicológico con la presencia de un monstruo aterrador.

La carretera imposible, por *Oscar J. Friend*. Un museo imposible que muestra el proceso evolutivo de la Tierra.

Butilo para el respirador, por *Theodore Sturgeon*. Secuela de *Respirador de éter*, y una obra maestra del relato de humor.

Su eminencia, por *Sprague de Camp*. Un científico al que se le aumenta artificialmente la inteligencia...

1939

Introducción

En el mundo de fuera de la realidad fue un año ciertamente muy malo. El 28 de marzo Madrid cayó ante las fuerzas de Francisco Franco, terminando la guerra civil española. El 15 de abril, el presidente Roosevelt pidió garantías a Hitler y Mussolini de que no atacarían a una larga lista de naciones (ellos dijeron que estudiarían la petición). El 4 de mayo, Vyacheslav Molotov (aún no conocido por el cóctel) sustituyó a Maxim Litvinov como ministro de Asuntos Exteriores soviético, allanando el camino para el acuerdo Hitler-Stalin de unos meses después. El 22 de mayo, Hitler y Mussolini firmaron el «Pacto de Acero».

El día 1 de septiembre Alemania se cansó de conquistas sin guerra e invadió Polonia. El día 3, Inglaterra y Francia declararon la guerra a regañadientes al Tercer Reich. El 17 de septiembre la URSS invadió Polonia desde el Este; para el 30 de septiembre Alemania y la Unión Soviética habían llegado a un acuerdo sobre el reparto de Polonia entre los dos países, y los planes de Hitler salvaban otro obstáculo triunfalmente.

El 10 de octubre empezó la deportación de judíos polacos a las «reservas» y la Unión Soviética invadió Finlandia el 30 de noviembre, mientras Inglaterra y Francia se mantenían firmemente inactivas y los Estados Unidos pretendían que ocurría en otro planeta.

Durante 1939 se inventó el DDT. Pan American hizo los primeros vuelos «Clipper» entre Estados Unidos y Europa. Se publicó Cultura y libertad, de John Dewey. El Texas A & M era campeón de la Federación Nacional de Fútbol. Picasso pintó Noche de pesca en Antibes. El récord de la carrera de la milla estaba todavía en 4:06.4, logrado por el británico Sydney Wooderson en 1937. La «abuela» Moses

se hizo famosa. Bobby Riggs se convirtió en el campeón de la US Trotting Association tras derrotar a S. Welby Van Horn (Billy Jean King todavía no había nacido). Jacob Epstein creó «Adán» a partir de un trozo de mármol. Alice Marble era campeona de los Individuales Femeninos Nacionales. William Walton compuso su Concierto para violín. Byron Nelson ganó el Open de los USA. Robert Graves publicó El largo fin de semana. Ralph Guldahl ganó el Torneo de los Maestros. John Steinbeck publicó Las uvas de la ira. Johnstown ganó el derby de Kentucky. «The Man Who Came to Dinner», de George S. Kaufman y Moss Hart, triunfó en Broadway, como lo hizo igualmente «The Time of Your Life», de William Saroyan. Oregón ganó el campeonato de baloncesto de la NCAA. Lo que el viento se llevó y Adiós, Mr. Chips fueron las películas del año. Joe Di Maggio encabezaba la clasificación con un 38,1% antes de dedicarse a vender cafeteras. «Roll Out the Barrell», la profética «The Last Time I Saw Paris» y «Hang Out the Washing on the Siegfried Line» eran las canciones de éxito. Nueva York ganó a Cincinnati por cuatro partidos a cero para hacerse con las Series Mundiales. Joe Louis aporreó a un puñado de víctimas para poder mantener el título de campeón de los pesos pesados.

Y el clamor distante de la tragedia era ignorado mientras, en Alemania, Hahn y Strassman descubrían la fisión del uranio, Lise Meitner hacía saltar la liebre en Suiza y Niels Bohr traía la noticia a Estados Unidos.

La muerte se llevó a Zane Grey, William Butler Yeats, Ford Maddox Ford y al recién exiliado Sigmund Freud.

Mel Brooks era todavía Melvin Kaminsky.

Pero en el mundo real fue un año muy bueno e importante.

En el mundo real se celebró la primera Convención Mundial de Ciencia Ficción, en Nueva York, mientras Sam

Moskowitz y Don Wollheim luchaban por controlar El Movimiento. En el mundo real, se publicó *Unknown* como compañera de *Astounding* para fantasía. *Starling Stories*, *Science Fiction*, *Fantastic Adventures*, *Future Fiction*, *Famous Fantastic Mysteries* y *Planet Stories* vieron la luz por primera vez.

En el mundo real, John Campbell cumplió su primer año completo como director de *Astounding* y nació la «Edad de Oro» con una avalancha de nuevos escritores, que serían concebidos o formados por Campbell. Gente importante hizo su primer vuelo a la realidad: en marzo, Isaac Asimov con «Varados frente a Vesta»^[1] en abril, Alfred Bester con «The Broken Axiom» (El axioma falso); en junio, A. E. van Vogt con «Destructor negro»; en agosto, Robert A. Heinlein con «La línea de la vida»^[2] y Fritz Leiber con *Las joyas en el bosque*^[3] y en septiembre, Theodore Sturgeon con «Respirador de éter».

Más cosas portentosas ocurrieron en el mundo real: *Barrera siniestra*^[4], de Eric Frank Russell, y *Que no caigan las tinieblas*^[5], de L. Sprague de Camp, se publicaron en *Unknown*. *One Against the Legion* (Uno contra la legión), de Jack Williamson, y *Grey Lensman* (*Hombres-lentegrisés*), de Doc Smith, se publicaron por entregas en *Astounding* (la última entrega del segundo en 1940). La guerra de las salamandras^[6], de Karel Capek, y *The Outsider and Others* (El extraño y otros relatos), de H. P. Lovecraft aparecieron en tapa dura, como también *The New Adam* (El nuevo Adán), del difunto Stanley Weinbaum.

La Feria Mundial de Nueva York influyó sobre una generación de fans neoyorquinos (y algunos otros), editores y futuros escritores. Harper's publicó un ataque a la ciencia ficción —Tragedia más allá de Júpiter, de un tal Bernard DeVoto—; nadie se preocupó.

Y empezaron a batir alas lejanas al nacer Barry N. Malzberg, Michael Moorcock y Peter Nicholls (este últi-

mo destinado a despertar la polémica).

Visitemos el venerado año de 1939 y disfrutemos de los mejores relatos que nos ha legado el mundo real.

ISAAC ASIMOV y MARTIN H. GEENBERG

El día ha muerto

*Lester del Rey (1915-1993)^[7]
Astounding Science Fiction, mayo*

*Lester del Rey es importante para la historia de la ciencia ficción como director literario, crítico y escritor. Se le conoce sobre todo por sus relatos «Helen O'Loy» (1938)^[8] y «Nervios» (1942)^[9]. Su novela de 1962 *The Eleventh Commandment* (*El undécimo mandamiento*) contiene uno de los más interesantes tratamientos que ha hecho la ciencia ficción de la religión organizada.*

«El día ha muerto» es un ejemplo soberbio de ciencia ficción «prehistórica», una modalidad extremadamente difícil de escribir de forma convincente. Que Del Rey lo consiguiera es obvio, aunque no resulten tan obvias todas las cosas importantes que dice este relato sobre las relaciones sociales y la naturaleza del cambio evolutivo en un mundo que atraviesa una revolución.

(A Lester le encanta recordarme, al menos una vez al mes, que este relato consiguió hacerme llorar cuando lo leí en el metro de camino a mis clases en Columbia. Naturalmente, yo explico siempre que lloré agónicamente debido a lo penoso de su mala escritura, pero no es cierto. De todos los relatos de Lester, éste es mi favorito. I. A.)

Hwoogh se rascó el pelo del estómago y miró el sol que asomaba por encima de la colina. Se golpeó el pecho con indiferencia y rugió tímidamente, luego gruñó y se inclinó. En su juventud, había rugido y saltado para ayudar al dios a elevarse, pero ahora no merecía la pena esforzarse. Nada lo merecía. Encontró una escama de sudor salado bajo el pelo, se la quitó de los dedos y se volvió para continuar durmiendo.

Pero el sueño no quiso venir. Al otro lado de la colina se oían alaridos y gritos, y alguien golpeaba un tambor mientras cantaba. El viejo Neanderthal gruñó y se llevó las manos a los oídos, pero no había manera de acallar el cántico de los Calienta-Soles. Más ideas de los Habladores.

En sus tiempos, el mundo había sido magnífico, lleno de gente peluda y rugiente, gente a la que se podía entender. Había caza por todas partes y las cavernas de los alrededores estaban llenas del humo de las hogueras. Había jugado con los pocos jóvenes que nacían —aunque cada año se sumaban menos niños a la tribu—, y se había convertido en un adulto con el orgullo de haberlo conseguido. Pero eso fue antes de que los Habladores hubieran convertido este valle en uno de sus territorios de caza.

Las viejas tradiciones, medio contadas, medio comprendidas, hablaban de la tierra en los días antiguos, cuando sólo su pueblo se extendía por la ancha tundra. Habían ocupado las cavernas y habían partido en grupos de caza demasiado grandes para que ningún animal pudiera oponérseles. Y los animales venían a ocupar esta tierra, empujados hacia el sur por la Cuarta Glaciación. Entonces había

vuelto el gran frío, y los tiempos habían sido duros. Muchos habitantes de su pueblo habían muerto.

Pero muchos habían vivido, y con el regreso del tiempo cálido y seco habían empezado a expandirse antes de que llegaran los Habladores. Después de eso —Hwoogh se agitó inquieto—, y sin que pudiera entender el motivo, los Habladores habían ocupado más y más tierras, y su gente se retiró y disminuyó ante su presencia. El padre de Hwoogh les había contado que su pequeño grupo del valle era todo lo que quedaba de ellos, y que éste era el único lugar de la gran tierra plana donde los Habladores venían rara vez.

Hwoogh tenía veinte años cuando les vio por primera vez: hombres de grandes piernas, ágiles de pies y ojos, que se movían como si fueran dueños de la tierra, y que hacían ruidos incesantes con sus bocas. En el verano de aquel año, alzaron sus tiendas de piel y sebo al otro lado de la colina, lejos de las cavernas, y habían hecho magia para sus dioses. Había magia en sus armas, y las bestias sentían su acoso. El pueblo de Hwoogh se había retirado, contemplándolos con temor, odiándoles ciegamente, dedicados finalmente a robar y mendigar. Una vez, un joven había matado al hijo de un Hablador, y le habían cazado a muerte. Desde entonces, se había establecido una tregua entre los Cromañón y los Neanderthal.

Ahora, los últimos miembros del pueblo de Hwoogh habían muerto, excepto él, sin dejar hijos. Siete años habían pasado desde que el hermano de Hwoogh se había acurrucado en la cueva y había enviado su aliento a través del largo viaje en busca de sus antepasados. Siempre había sido tranquilo y débil de espíritu, pero fue el único amigo que tuvo Hwoogh.

El viejo se agitó y deseó que Keyoda regresara. Tal vez traería comida de los Habladores. No merecía la pena cazar ahora, cuando los Habladores ya habían cazado y matado a todas las presas fáciles. Lo mejor que podía hacer un hombre era dormir todo el tiempo, pues el sueño era la única

cosa satisfactoria que quedaba en este mundo revuelto: incluso la bebida que los altos Cromañón hacían de raíces aplastadas daba dolor de cabeza al día siguiente.

Se volvió en su lecho de hojas en la entrada de la cueva, gruñendo agriamente. Una mosca provocativa revoloteaba por encima de su cabeza, y él trató de cogerla. La sorpresa iluminó sus rasgos cuando sus dedos se cerraron en torno al insecto, y lo tragó con un escalofrío de placer. No era tan bueno como las larvas del bosque, pero era un aperitivo sabroso.

El dios del sueño se había ido, y no volvería por mucho que permaneciera tumbado y roncando. Hwoogh así lo comprendió y se alzó sobre sus cuartos traseros. Durante semanas, había tenido la intención de hacer una punta nueva para su ruda lanza, y buscó los materiales en su caverna. Pero la idea se alejaba a medida que se acercaba al trabajo, y dejó que sus ojos contemplaran perezosamente el pequeño riachuelo que corría a sus pies y las nubes del cielo. Era una primavera cálida, y el sol hacía que la pereza fuera agradable.

El dios sol se hacía fuerte de nuevo, espantando las brumas. Lo había adorado como propio durante años, y ahora parecía que sólo se hiciera fuerte para los Habladores. Mientras el dios era débil, la gente de Hwoogh había sido poderosa; ahora que su larga enfermedad había acabado, los Cromañón se esparcían por el territorio como las pulgas en su vientre.

Hwoogh no podía comprenderlo. Tal vez el dios estaba enfadado con él, ya que los dioses son completamente impredecibles. Gruñó, añorando de nuevo a su hermano, que había comprendido mejor todas estas cosas.

Keyoda hizo rodar la piedra colocada delante de la cueva, interrumpiendo su meditación. Traía restos de comida del poblado y la pata medio masticada de un caballo, que Hwoogh cogió y devoró con sus fuertes dientes. Evidentemente los Habladores habían hecho una buena matanza el

día anterior, pues habían sido generosos con sus regalos. Gruñó a Keyoda, que se sentó al sol en la entrada de la cueva, frotándose la espalda.

Keyoda, con sus largas piernas y sus cortos brazos, y la incómoda rectitud de su porte, era tan extraña para Hwoogh como la mayoría de los Habladores. Hwoogh recordó con un suspiro a las muchachas de su época: habían sido hermosas, pequeñas y encorvadas, con cuellos gruesos y lindas frentes estrechas. Para Hwoogh era un enigma cómo aquellas mujeres Cromañón de cara plana conseguían pareja, pero parecía que tenían éxito.

Sin embargo, Keyoda había fracasado, y por esto él consideraba acertado su juicio. Había momentos en que casi sentía simpatía hacia ella, y la apreciaba a su manera. Había resultado herida cuando era una niña y su espalda la hacía inútil para el trabajo de una hembra. Repudiada por los otros miembros de la tribu, se había apartado de ellos gradualmente, y cuando se topó con Hwoogh aceptó su hospitalidad. Los Habladores eran nómadas que seguían las manadas hacia el norte en verano, al sur en invierno, según las estaciones, pero Keyoda se quedó con Hwoogh en su cueva y hacía todos los trabajos que eran necesarios. Incluso un medio hombre como el Neanderthal era preferible a la desdeñosa piedad de su propia gente, y Hwoogh no era desagradable.

—¿Hwunkh? —preguntó Hwoogh.

Con el estómago parcialmente lleno se sentía más amistoso con respecto al mundo.

—Oh, salieron y me dejaron recoger sus sobras, como siempre... ¡Yo, que fui hija de un jefe! —Su voz había sido gruñona, pero el cansancio del fracaso y la edad la habían hecho perder aquel tono—. «Pobre, pobre Keyoda», piensan ellos. «Dejad que se lleve lo que quiera para que no parezca que no nos gusta». Toma. —Le tendió una basta lanza, rasgada a ambos lados de la punta, pero con sólo una rudimentaria lengüeta hecha con tosquedad—. Uno de